

# Michael Connelly

La espera



AdN



Lunes, 7:28



Le gustaba esperar la ola más que surfearla. De cara a los acantilados, sentada a horcajadas en la tabla, buscando con las caderas el ritmo de ascenso y descenso de la superficie del agua. Como si montara a caballo: le hizo pensar en Kaupo Boy y en cuando era niña. Había una veneración al momento anterior a la llegada de la siguiente serie de olas, cuando tocaba agacharse y remar.

Miró el reloj. Le daba tiempo a una más. La surfearía hasta donde pudiera. Pero saboreó el momento de flotar sin más, cerrando los ojos e inclinando la cabeza hacia el cielo. El sol ya asomaba por encima de los acantilados y le calentaba la cara.

—No te había visto nunca por aquí.

Ballard abrió los ojos. Era el tipo de la tabla One World. Uno de la vieja escuela: sin traje de neopreno, sin correa, con la piel bronceada como madera de cerezo. Se preparó para el postureo territorial de macho que sabía que iba a llegar.

—Normalmente voy a Topanga —dijo ella—, pero esta mañana no había olas allí.

No mencionó que había consultado una app que informaba de las olas. A los de la vieja escuela nunca se les ocurriría usar una app.

El tipo estaba unos seis metros a su izquierda, surfeando las olas bajas lateralmente para poder mirarla a ella. No había muchas mujeres en Staircases. Era un sitio para los que controlaban, con muchas rocas con la marea baja. Tenías que saber lo que hacías, y Ballard lo sabía. No se había cruzado en el tubo de nadie, no se había salido de una ola demasiado pronto. Si el tipo pensaba darle lecciones, le cerraría la boca rápidamente.

—Soy Van.

—Renée.

—Bueno, ¿quieres desayunar en Paradise Cove después?

Un poco atrevido, pero estaba bien.

—No puedo —dijo—. Una serie más y luego tengo trabajo. Pero gracias.

—A la próxima, tal vez —dijo Van.

Antes de que la conversación se pusiera más incómoda, alguien más atrás empezó a remar y alineó su tabla con la ola que llegaba. Fue como cuando un pájaro se sobresalta y hace que toda la bandada emprenda el vuelo. Ballard miró por encima del hombro y vio que la siguiente serie era buena. Se echó adelante y subió las piernas a la tabla. Empezó a remar. Brazadas fuertes, con los dedos juntos para coger velocidad. Hundiendo los brazos. No quería perderse la ola, y menos delante de Van.

Miró a su izquierda y lo vio remando brazada a brazada a su mismo ritmo. Iba a presionarla, a mostrarle quién mandaba allí.

Ballard remó con más fuerza, notando que le ardían los hombros. La tabla empezó a elevarse con la ola y ella saltó para quedar en cuclillas en la línea central. Colocó el pie izquierdo atrás y se puso en pie justo cuando la ola alcanzaba su punto más alto. Bajó la punta de la tabla y empezó a cortar la ola.

Oyó la voz de Van detrás, llamándola *goofy*.

Ballard abrió los brazos para equilibrarse, clavó la tabla para girar y subir el muro de la ola antes de volver a bajar y seguirla hasta el final. Durante ocho segundos, todo en el mundo desapareció. Solo estaban ella y el océano. El agua. Nada más.

Se estaba deslizando sobre la espuma cuando recordó a Van y miró por encima del hombro para buscarlo. No estaba a la vista, pero entonces asomó su cabeza en la ola junto con su tabla roja. Levantó la mano y Ballard le dijo adiós con la cabeza. Saltó al agua, levantó la tabla y caminó hacia la orilla.

Ya se había bajado el traje de neopreno hasta las caderas cuando rodeó las dunas y llegó al aparcamiento. La combinación de sol y viento empezaba a secarle la piel. Apoyó la tabla contra el lateral del Defender y buscó la cajita magnética que usaba para ocultar las llaves en el hueco de la rueda trasera.

No estaba.

Se agachó y miró alrededor del neumático para ver si la encontraba en el asfalto.

Nada.

Se inclinó para mirar bien en el hueco, con la esperanza de que hubiera puesto la cajita en otro sitio.

Había desaparecido.

—Mierda.

Se levantó de prisa y se acercó a la puerta. Tiró de la maneta y la puerta se abrió: no estaba cerrada con llave.

—Mierda, mierda, mierda.

La llave y la cajita magnética estaban en el asiento del conductor. Vio que la guantera estaba abierta. Metió el cuerpo en el interior, buscó debajo del asiento del conductor y pasó la mano adelante y atrás por la alfombrilla del suelo.

Su teléfono, su pistola, su cartera y su placa habían desaparecido. Metió la mano más al fondo por debajo del asiento y sacó sus esposas y un revólver Ruger de siete balas que aparentemente el ladrón había pasado por alto.

Ballard se levantó y miró a su alrededor por el aparcamiento. No había nadie. Solo la fila de coches y caravanas que pertenecían a los surfistas que seguían en el agua.

—Su puta madre —murmuró.



Después de que le robaran la cartera que contenía su documento de identificación, Ballard no podía pasar por el turno de acceso al Centro Ahmanson del Departamento de Policía de Los Ángeles, así que condujo hasta el aparcamiento repleto que había detrás del centro de formación y llamó a Colleen Hatteras desde su teléfono nuevo. Hatteras respondió con un tono de urgencia.

—Renée, ¿dónde estás? ¿La reunión no era a las nueve?

—Estoy en el aparcamiento de atrás. Quiero que me dejes entrar por la puerta de incendios, Colleen.

—¿Estás segura? Si el capitán...

—Estoy segura. Tú abre la puerta y yo ya lo arreglaré con el capitán. ¿Siguen todos ahí?

—Eh, sí. Creo que Anders ha ido a la cafetería, pero no ha dicho que vaya a marcharse.

—Vale, dile a Tom o a Paul que vayan a buscarlo mientras me abres la puerta. Tardo dos minutos.

—¿Qué ha pasado? No has llamado y no has contestado nuestras llamadas. Estábamos empezando a preocuparnos.

Ballard bajó del Defender y se encaminó a la puerta trasera del complejo. Ya estaba exasperada con Colleen y todavía no había comenzado la jornada.

—Tranquilízate, Colleen —dijo—. No pasa nada. He perdido el móvil y la cartera en la playa. He tenido que pasar por casa a buscar una tarjeta de crédito y luego por la Apple Store para comprar un móvil nuevo. Por favor, ábreme la puerta. Ya casi he llegado y voy a colgar.

Colgó antes de que Colleen tuviera ocasión de replicar, porque sabía que lo haría. Se acercó a la salida de incendios, cerrándose la chaqueta para que no se notara tanto que no llevaba la placa en el cinturón.

Colleen abrió la puerta y sonó una alarma estridente. Ballard se apresuró a pasar y cerrar la puerta. El sonido se cortó.

—¿Cómo has perdido el teléfono y la cartera? ¿Te han robado?

—Es una historia larga, Colleen. ¿Están todos aquí?

—Tom ha ido a buscar a Anders.

—Perfecto, empezaremos en cuanto vuelvan.

La salida de incendios estaba detrás del archivo donde se almacenaban los expedientes de los casos de homicidio. Por delante de Colleen, Ballard recorrió la última fila de estanterías y se adentró en el recinto de la Unidad de Casos Abiertos. El centro del espacio estaba dominado por lo que llamaban la «Balsa»: ocho escritorios reunidos con mamparas de separación entre ellos. En las paredes laterales había archivadores y pizarras blancas con información sobre las investigaciones en curso.

—Siento llegar tarde —anunció Ballard al llegar a su escritorio, en un extremo de la Balsa—. Empezaremos en cuanto vuelvan Tom y Anders.

Ballard se sentó y se conectó a su terminal del ordenador municipal. Accedió al portal de contraseñas del departamento y abrió la base de datos que contenía los atestados de todo el condado. Buscó informes sobre robos en vehículos en las

playas del condado y enseguida vio varios casos. A partir de ahí, seleccionó una lista de los robos ocurridos en playas populares entre los practicantes de surf. Ballard llevaba practicando surf en la costa del sur de California, de Trestles a Dockweiler, desde que tenía dieciséis años. Conocía todas las playas y vio un patrón de denuncias de RVM (robos en vehículos de motor) en lugares donde sabía que los aparcamientos no podían verse desde el océano.

Eso le hizo saber tres cosas. Primero, que probablemente se trataba del mismo ladrón o grupo de ladrones. Segundo, estaban familiarizados con el surf y probablemente incluso eran surfistas. Y tercero, como los robos se repartían por toda la costa y por varias jurisdicciones, los distintos departamentos policiales no se habían percatado del patrón. Los robos se consideraban delitos individuales.

Ballard empezó a leer los resúmenes de los atestados para ver si algún testigo había visto algo que resultara de utilidad, si se habían encontrado huellas dactilares de algún sospechoso o si se había hecho algún seguimiento de la denuncia inicial de los delitos. Ninguno de los robos era lo bastante importante como para suscitar el interés policial. Carteras, móviles, dinero en efectivo y tablas de surf de repuesto eran los objetos más robados. Ballard sabía que, tomados por separado, los casos probablemente morían con la denuncia inicial. Como dictaba el protocolo, irían a parar a algún departamento de robos en vehículos, pero, sin una descripción del sospechoso, una huella dactilar o al menos una matrícula parcial del coche de huida, las denuncias terminarían en las grandes fauces de los delitos menores que no merecían demasiada atención por parte del aparato de justicia. Era la historia de la modernidad. Las denuncias se presentaban más que nada para cobrar el seguro. En cuanto a la policía, era un simple desperdicio de papel.

Colleen asomó la cabeza por encima de la mampara que separaba el escritorio de Ballard del suyo. Desde su ángulo, Colleen no podía ver la pantalla de la detective.

—¿En qué estás trabajando? —preguntó.

Ballard cerró la sesión de búsqueda.

—Solo estaba mirando el correo —dijo—. ¿Están todos listos?

—Anders está aquí —dijo Colleen.

Ballard se levantó para dirigirse al equipo.

Aparte de Ballard, que era agente jurada a tiempo completo, los otros miembros de la Unidad de Casos Abiertos eran todos voluntarios. Dos años atrás, siguiendo la tendencia que había llevado a departamentos de policía de todo el país con problemas de presupuesto a recurrir a detectives retirados para investigar casos abiertos, Ballard había sido nombrada responsable para reactivar esa unidad del Departamento de Policía de Los Ángeles. También era responsable de reclutar personal, lo que implicaba convencer a la gente de que aportara sus aptitudes a un noble esfuerzo al menos un día por semana, a cambio de cincuenta dólares al mes para cubrir gastos. Por fin había llegado a un punto en el que estaba satisfecha con el equipo que había formado.

En la Balsa estaban Tom Laffont, retirado del FBI; Lilia Aghzafi, que había trabajado veinte años en la policía metropolitana de Las Vegas; y Paul Masser, que había sido fiscal en la fiscalía del distrito. Colleen Hatteras nunca había sido policía, sino una madre y ama de casa que se aficionó a la genealogía genética e hizo cursos en línea sobre su aplicación a la investigación policial. Era una guerrera implacable ante el teclado y también en entrometerse en la vida privada de los demás miembros del equipo, sobre todo de Ballard. Además, se describía a sí misma como una persona empática que nun-

ca rehuía expresar las sensaciones que percibía en la gente. Ballard soportaba este aspecto de la personalidad de Colleen a regañadientes por la capacidad que tenía para trabajar en casos.

El miembro más reciente de la unidad era Anders Persson, aún más bicho raro que Hatteras. Su experiencia se limitaba a un trabajo como voluntario en la Autoridad Policial Sueca en Estocolmo, su ciudad natal. Con solo veintiocho años, Persson dirigía una empresa de software con sede en Los Ángeles por la noche y ayudaba al equipo de Casos Abiertos durante el día. Si Hatteras era la experta en buscar historias familiares y conexiones genéticas, Persson era el hombre al que acudir cuando se trataba de navegar por internet para encontrar a personas que habían hecho todo lo posible para evitar ser localizadas. Juntos, Hatteras y Persson formaban un equipo formidable que complementaba a los miembros de la unidad con verdadera experiencia policial y de investigación. Y aunque la unidad todavía estaba recuperándose de un duro golpe a su reputación, resultado de un primer caso que había salido mal, Ballard sentía que el equipo ya funcionaba como un motor bien ajustado. En la Balsa había sitio para dos voluntarios más, pero Ballard estaba satisfecha con lo que estaban consiguiendo. La unidad resolvía una media de tres casos abiertos de asesinato al mes. Era una gota en el océano, teniendo en cuenta que las estanterías de los archivos situados detrás de la Balsa contenían los expedientes de seis mil casos de asesinato sin resolver, pero no dejaba de ser un buen punto de partida.

Ballard se acercó a la pizarra para comenzar la reunión. Normalmente, habría dejado la chaqueta sobre la silla, pero se la dejó puesta para ocultar el hecho de que no llevaba la placa.

Se utilizaban cuatro pizarras alineadas para llevar a cabo un seguimiento de las investigaciones en distintos grados de

avance. Todos los lunes por la mañana, el equipo se reunía para hablar de sus progresos. En la primera pizarra figuraban todos los casos en los que había pruebas que debían someterse a análisis forenses y tecnológicos. Esto significaba principalmente ADN, huellas dactilares y, en ocasiones, pruebas balísticas. Los tribunales de California no habían aprobado la aplicación del ADN en los procesos penales hasta principios de la década de 1990, y el análisis genético había avanzado mucho en los últimos años. Por esta razón, los casos abiertos de las tres últimas décadas del siglo anterior eran terreno abonado para la revisión. Además, las bases de datos de huellas dactilares se habían ampliado enormemente. Las bases de datos de balística iban algo más rezagadas y no eran tan útiles, pero en los casos con armas de fuego implicadas no podían pasarse por alto.

Lo que echaba arena en el depósito de gasolina de ese motor bien ajustado de la unidad era que muchos de los casos eran tan antiguos que los asesinos que el equipo identificaba ya estaban muertos o encarcelados. Eso aportaba respuestas a familias que aún estaban de duelo, pero dejaban la sensación de que la justicia se quedaba corta y llegaba tarde. Y a los miembros de la Unidad de Casos Abiertos se les negaba lo que todo investigador deseaba y necesitaba al final de un caso: la oportunidad de enfrentarse al criminal que se escondía tras el asesinato. Por eso el equipo se centraba en la investigación de los llamados «casos vivos», en los que se creía que el asesino seguía con vida y en libertad. Aunque el archivo contenía registros de crímenes sin resolver que se remontaban a principios del siglo xx, Ballard dispuso que el equipo trabajara solo en los casos registrados desde 1975.

Ballard examinó la primera pizarra para ver si se había añadido algún caso nuevo. Cada miembro del equipo que en ese momento no estuviera trabajando en una investigación se

encargaba de sacar casos del archivo y revisarlos para un posible seguimiento.

—Bien, ¿alguien ha añadido algo nuevo a nuestra lista? —preguntó.

Tras una ronda de respuestas negativas por parte de la Balsa, Laffont levantó la mano.

—Creo que podré añadir uno esta semana —dijo—. Espero tener noticias de Darcy hoy, si hay suerte.

Darcy Troy era la genetista asignada a la Unidad de Casos Abiertos. Era bueno contar con una persona a la que acudir en el laboratorio, pero Troy no estaba asignada a la unidad en exclusiva. Las investigaciones de casos más recientes tenían prioridad, y Troy debía encargarse de los análisis de ADN de esos casos antes que de cualquier cosa que llegara de la Balsa. En ocasiones, la espera resultaba frustrante.

—¿Cuál es el caso? —preguntó Ballard.

—Un asesinato con agresión sexual del año 91 —dijo Laffont—. Un caso muy feo. No es que haya alguno que no lo sea, pero el tipo la agredió varias veces antes de estrangularla. Eyaculó fuera, pero dejó algo en su ropa. Se ocupa Darcy. La semana pasada dijo que tendría algo esta semana.

—Bien —dijo Ballard—. ¿Cuál es el nombre de la víctima?

—Shaquilla Washington —dijo Laffont—. Un caso del sur. No llamó mucho la atención en su día.

Ballard asintió. No hacía falta decir que los archivos estaban desproporcionadamente cargados de casos que no habían recibido mucha atención porque correspondían a las comunidades minoritarias de las zonas sur y este de la ciudad. Este hecho podía deberse, en parte, a que había más asesinatos en esas comunidades y a que allí la carga de trabajo de los detectives era la más pesada de la ciudad. Ahora bien, también podía explicarse por la falta de compromiso con esas



comunidades y la ausencia de empatía con las víctimas. Ballard no había notado ninguna de esas deficiencias en Laffont. Cuando tenía tiempo de entrar en los archivos y sacar casos para revisarlos, a menudo buscaba informes de la zona sur. Era blanco y se acercaba a los sesenta, y rara vez había trabajado en la zona sur como agente del FBI asignado a la oficina de campo de Los Ángeles. Veía su trabajo actual como una forma de equilibrar en parte la balanza. Ballard lo respetaba por eso.

—Esperemos que Darcy consiga algo —dijo.

Siguió revisando las pizarras y los casos con su equipo, hasta llegar a la última pizarra, en la que figuraban los casos más activos en cuanto a detenciones pendientes, procesamientos o cierres. El último de la lista pertenecía a Masser.

Se trataba del asesinato de la empleada de una tienda de Hollywood en 1997. Un hombre con pasamontañas entró en la tienda, ordenó a la dependienta que pusiera todo el dinero de la caja en el mostrador y le disparó en el pecho. La mujer murió en el acto. El asesino se metió en un coche que lo esperaba y huyó. Según varios testigos de dentro y fuera de la tienda, la conductora era una mujer blanca con una larga melena negra. El coche se describió como un sedán granate, y un testigo proporcionó los dos primeros dígitos de la matrícula.

Había una cámara de vídeo en el interior de la tienda, y una revisión de la cinta reveló que el arma se disparó mientras el sospechoso recogía el dinero que la mujer había puesto en el mostrador. Al parecer fue un disparo accidental que sobresaltó incluso al atracador, que se dio la vuelta y salió corriendo de la tienda, dejando atrás la mitad del dinero.

Los dígitos de la matrícula y la descripción del coche condujeron finalmente a los investigadores, a través de los registros de Tráfico, hasta un hombre llamado Donald Russell, propietario de un Honda Accord granate cuya matrícula

empezaba por esos dos dígitos. Russell estaba en paro y tenía antecedentes por detenciones relacionadas con las drogas. Vivía con su esposa, que también tenía un historial de detenciones por drogas. Ella, no obstante, tenía el pelo corto y rubio. Ambos fueron interrogados, pero negaron estar implicados en el atraco y el homicidio. Proporcionaron una coartada que los investigadores no pudieron ni confirmar ni refutar. Los detectives llevaron el caso a la fiscalía, pero los fiscales se negaron a presentar cargos, aduciendo que no había suficientes pruebas para convencer a un jurado y obtener un veredicto de culpabilidad. No se consiguieron más pruebas y el caso se enquistó, hasta que Paul Masser, de la Unidad de Casos Abiertos, sacó el expediente de una estantería del archivo.

Masser revisó el caso y enseguida se dio cuenta de que no contenía el tipo de pruebas tradicionales que pueden dar un buen impulso a un caso sin resolver. No había huellas dactilares ni ADN de la escena del crimen. La bala se extrajo del cadáver de la empleada, pero no servía para la tecnología balística moderna, porque se había aplastado al impactar contra la columna vertebral de la víctima, lo que la hacía inútil para compararla con la información de NIBIN, la base de datos nacional de balística. Y no se había recuperado ningún arma con la que comparar la bala.

Masser localizó a los sospechosos, que seguían viviendo en Los Ángeles, y averiguó dos cosas que podrían resultar útiles un cuarto de siglo después de que se cometiera el homicidio. La primera era que la pareja ya no era pareja; se habían divorciado cinco años después del crimen. La segunda, que descubrió a través de las redes sociales, era que la ahora exesposa, Maxine Russell, era una adicta en recuperación que recientemente había celebrado veinte años de sobriedad en su página de Facebook.

Masser, basándose en su experiencia como fiscal, sabía que el divorcio de la pareja significaba que el privilegio conyugal legal ya no era aplicable. La ley establecía que una esposa o marido no podía testificar contra su cónyuge sin la aprobación de este, pero la protección se limitaba a los años del matrimonio, lo cual abría la oportunidad de enfrentar a la exmujer con el que había sido su esposo. Masser, por su experiencia con un familiar adicto en recuperación, también sabía que la mayoría de los programas de rehabilitación animaban a los participantes a llevar diarios como parte de sus pasos hacia la sobriedad.

Con la información recopilada en la investigación original, Masser redactó una orden de registro del apartamento donde vivía Maxine Russell y convenció a un juez para que la firmara. La orden incluía todos los diarios y documentos escritos por la sospechosa, así como fotos familiares en las que aparecía Maxine con el pelo largo y oscuro. En una estantería del salón, Masser encontró varios diarios que Maxine había escrito durante los años de su sobriedad. En una de las anotaciones describía el atraco que había salido mal y en otra expresaba su sentimiento de culpa por haber estado implicada en la pérdida de una vida, aunque ella afirmaba que había sido un accidente. Además, un álbum de fotos encontrado en un armario contenía fotos de Maxine que se remontaban a cuando era niña. En muchas, llevaba el pelo largo y oscuro.

Maxine había sido detenida hacía dos semanas y seguía en la cárcel, porque no podía afrontar la fianza, fijada en dos millones de dólares. El departamento no había publicitado la detención, que hasta el momento había escapado a la atención de la prensa. Era el momento de que Masser siguiera adelante con la segunda parte de la estrategia del caso.

—Voy a reunirme con John esta tarde —explicó Masser al grupo—. Iremos a visitar a la abogada de Maxine para ver si

quiere llegar a un acuerdo. Después de dos semanas, probablemente se esté haciendo a la idea de que no quiere pasar el resto de su vida entre rejas.

John era John Lewin, el ayudante del fiscal del distrito asignado a procesar los casos de la unidad. En la cobertura informativa que a menudo provocaba la resolución de casos muy antiguos, los medios locales habían apodado a Lewin el «Rey de los Casos Abiertos».

—¿Ha llamado a su exmarido desde la cárcel? —preguntó Ballard.

—No en las líneas que se registran —dijo Masser—. No creo que él sepa que la han detenido.

—¿Qué le va a ofrecer John? —preguntó Laffont.

—No sé por dónde empezará —respondió Masser—, pero me ha dicho que llegará a la inmunidad total si entrega al ex.

—¿Y crees que lo hará? —dijo Laffont.

—Sí, creo que sí —afirmó Masser—. Intenté sacar el expediente del divorcio, pero es confidencial. Desde el divorcio, ella ha pedido dos veces órdenes de alejamiento. Parece que ya no siente mucho amor por él. Va a cantar.

—Eso espero —dijo Ballard—. Avísame en cuanto lo sepas.

—Recibido —dijo Masser.

—De acuerdo, entonces, eso es todo —dijo Ballard—. Siento haber llegado tarde y agradezco que todo el mundo se haya quedado. A escarbar y resolver casos.

Ballard siempre terminaba la reunión semanal con el mismo mensaje, extraído de una canción de Muse que le encantaba: «Escarba». El eslogan podía leerse en un cartel en la pared de su cabina. Era su código tanto en la vida como en los casos.